

*Lev N. Tolstói*  
Relatos de Sevastópol



El sitio de Sevastópol, que se inició en septiembre de 1854 y se prolongaría todo un año, fue uno de los episodios decisivos de la guerra de Crimea, en la que Rusia se enfrentó a una alianza turco-anglo-francesa.

Lev N. Tolstói, por entonces alférez en el Ejército ruso, llegó a Sevastópol en noviembre de 1854. Imbuido en principio por un espíritu muy patriótico, no tardó sin embargo en abandonar el romanticismo y en empezar a pensar que «las cuestiones que no resuelven los diplomáticos menos aún las resuelven la pólvora y la sangre».

Entre junio de 1855 y enero de 1856 se publicaron sus *Relatos de Sevastópol*, tres crónicas que entusiasmaron al zar Alejandro II pero que, aun con su protección, la censura mutiló considerablemente y no se publicarían íntegras hasta 1928.

Más que los combates, a Tolstói le interesaba la psicología de los combatientes, su reacción ante la muerte y el horror, y las complejas sutilezas de la jerarquía militar, a menudo tratada con irreverencia. Junto con los de William Howard Russell, estos relatos pueden considerarse los primeros reportajes de guerra modernos.

## NOTA AL TEXTO

Las pretensiones territoriales de algunos países europeos sobre los dominios del Imperio turco, ya en declive, fueron la causa de la guerra de Crimea (1853-1856), que enfrentó a Rusia con Turquía y una alianza anglo-francesa en la que también intervino el reino de Cerdeña. Las tropas aliadas desembarcaron en Eupatoria, en la costa del mar Negro en la península de Crimea, derrotaron a los rusos a orillas del río Almá (25 de octubre de 1854) y obligaron a éstos a retroceder hasta la ciudad de Sevastópol. Allí los sitiaron hasta septiembre de 1855. La pérdida de Sevastópol sentenció la guerra en favor de las tropas aliadas.

Lev Nikoláievich Tolstói, con el grado de alférez, llegó a Sevastópol el 7 de noviembre de 1854 y fue destinado a la tercera batería de la decimocuarta brigada de artillería del Ejército ruso.

«Sevastópol en el mes de diciembre» se publicó por primera vez en 1855, firmado por «L. N. T.», en el número de junio de la revista de San Petersburgo *El Contemporáneo* (*Sovremennik*). «Sevastópol en el mes de mayo» apareció, en septiembre del mismo año y sin firma, en la misma revista, después de que el zar impidiera personalmente su prohibición. Y «Sevastópol en agosto de 1855» se publicó en enero de 1856 también en *El Contemporáneo*, con la firma «conde L. Tolstói».

Los tres relatos aparecieron muy desfigurados por la censura. En 1856 se publicaron juntos como libro con el tí-

tulo de *Relatos de guerra* (de L. N. Tolstói), en forma aún muy incompleta, sobre todo el segundo. La primera versión íntegra no apareció hasta la edición de las *Obras completas* de 1928. La presente traducción parte del texto de la edición completa de 1979 de Judózhestvennaia Literatura (Mousú).

## SEVASTÓPOL EN EL MES DE DICIEMBRE

La aurora ya empieza a colorear el horizonte sobre la colina Sapún. La superficie azul del mar ya se ha despojado de la oscuridad de la noche y espera el primer rayo para empezar a jugar con su alegre brillo. Desde la bahía llegan el frío y la niebla. No hay nieve, todo está oscuro, pero el penetrante hielo de la mañana golpea en la cara y cruje bajo los pies y solo el incesante rumor lejano del mar, rara vez interrumpido por un estruendo de disparos en Sevastópol, rompe el silencio de la mañana. En los barcos un ruido sordo marca la octava media hora<sup>[1]</sup>.

En la bahía Norte la actividad diurna poco a poco empieza a sustituir a la tranquilidad de la noche: aquí los centinelas se relevan haciendo sonar las armas; allí un médico va con prisa al hospital. Aquí un soldado se arrastra fuera de su cueva, se lava su bronceada cara con agua helada y, volviéndose hacia el rojizo Este, se santigua rápidamente y reza. Allí un carro de camellos alto y macizo, lleno casi hasta arriba de cadáveres ensangrentados, se arrastra chirriando hacia el cementerio. Al acercarse usted al muelle, un particular olor a carbón, estiércol, humedad y carne de vaca le golpea; miles de objetos diversos —madera, carne, gaviones, harina, hierro...— se amontonan por todas partes. Soldados de diferentes regimientos, con sacos y con armas, sin sacos y sin armas, se reúnen aquí, fuman y maldicen, van cargando el barco que humea junto al cadalso. Chalanas particulares repletas de gente de toda clase —soldados, marinos, comerciantes, mujeres— amarran y desamarran en el muelle.

—¿Va usted a Gráfskaia<sup>[2]</sup>, señor? Tenga la bondad —le ofrecen sus servicios dos o tres marineros retirados, poniéndose en pie sobre sus chalanas.

Elige usted la que está más cerca, pasa sobre el cadáver medio podrido de un caballo bayo que yace en el fango cerca de los botes y se aproxima al timón. Se alejan de la orilla. A su alrededor, el mar ya brillante bajo el sol de la mañana; delante, el viejo marinero con su abrigo de camello y un muchacho de pelo claro se afanan en silencio con los remos. Contempla las enormes franjas de los barcos dispersos por toda la bahía; esos pequeños puntos negros, las chalupas, que se mueven por el brillante azul; los bellos y claros edificios de la ciudad coloreados por los rayos rosados del sol que ya se va divisando desde este lado; la espumante línea blanca de la barrera flotante y de los barcos hundidos, de los que sobresalen tristemente en algunos puntos los negros extremos de los mástiles<sup>[3]</sup>; la lejana flota enemiga que se divisa en el horizonte cristalino del mar, y el agua espumosa de la que saltan burbujas salinas levantadas por los remos. Escucha el rumor uniforme de los remos, el ruido de las voces que llegan transportadas por el agua y el majestuoso sonido del fuego que, le parece, se intensifica sobre Sevastópolis.

Es imposible que ante la idea de encontrarse en Sevastópolis no surja en su alma un sentimiento de cierta valentía y orgullo y que la sangre no empiece a circular más rápido por sus venas.

—¡Señor! ¡Va directo hacia el Kistentín<sup>[4]</sup>! —le dice el viejo marinero volviéndose para comprobar la dirección que usted le ha dado a la barca—, llévelo hacia la derecha.

—Pues los cañones todavía están ahí —observa el chico de pelo claro examinando el barco mientras lo dejan atrás.

—Pues claro, era nuevo, en él vivía Kornílov —señala el viejo mirando también el barco.

—¡Mira dónde estalló! —dice el chico tras un largo silencio, mirando una nubecilla blanca de humo que se dispersa para aparecer de repente en lo alto de la bahía Sur acompañado por el estridente estallido de la bomba.

—Es él disparando ahora desde una nueva batería —añade el viejo, escupiéndose indiferente en las manos—. Bueno, con fuerza, Mishka, alcancemos la barcaza.

Y su chalana avanza más rápido entre las altas olas de la bahía, alcanza en efecto a la enorme barcaza donde se amontonan algunas sacas y en la que torpes soldados permanecen de manera desigual, y se une a los numerosos botes de todo tipo amarrados al muelle Gráfskaia.

En el malecón, entre el ruido, se mueve una multitud de soldados grises, marineros negros y mujeres variopintas. Las mujeres venden panecillos y los hombres, junto a sus samovares, gritan: «¡Sbiten<sup>[5]</sup> calentito!», y allí mismo, en los primeros escalones, se amontonan balas oxidadas, bombas, metralla y cañones de hierro fundido de diferentes calibres. Un poco más adelante, una gran plaza en la que se ven unas enormes barras, cureñas y soldados durmiendo. Hay caballos, carros, cañones verdes y cajones, pabellones de fusiles. Soldados, marineros, oficiales, mujeres, niños y comerciantes van de un lado para otro. Avanzan carros con heno, sacas y barriles. Un cosaco y un oficial pasan a caballo, el general lo hace en su *drozhki*<sup>[6]</sup>. A la derecha, la calle está cercada por una barricada; en sus troneras se distinguen algunos cañones pequeños y, a su lado, un marinero fuma en pipa. A la izquierda aparece una bella casa con números romanos en su frontón, bajo el cual hay soldados y camillas ensangrentadas. Por todas partes puede ver las molestas huellas del campamento militar. Su primera impresión seguramente sea la más desagradable: la extraña confusión entre la vida urbana y la del campamento, entre una bella ciudad y un sucio vivaque, no solo es fea, sino que produce la sensación de un desorden repugnante. Además



a usted le parece que están todos asustados y trajinan sin saber qué hacer. Pero contemple más de cerca los rostros de la gente que se mueve a su alrededor y lo verá de una forma totalmente distinta. Mire por ejemplo a ese soldado de un convoy que lleva a beber a tres bayos y que va tarareando tan tranquilo, y comprenderá que no se va a perder entre esta multitud heterogénea que no existe para él; cumple con su obligación, sea la que sea —dar de beber a los caballos o cargar armas—, con la misma tranquilidad, seguridad e indiferencia que si lo hiciera en algún lugar de Tula o Saransk<sup>[7]</sup>. Esa misma expresión puede usted verla en la cara de ese oficial que pasa a su lado con sus impecables guantes blancos, en la del marinero que fuma sentado en la barricada, en las de los soldados obreros que aguardan con camillas en el soportal de la antigua Asamblea o en la de esa muchacha que, temiendo manchar su vestido rosa, cruza la calle saltando por las piedras.

A propósito: seguramente se lleve una decepción si es la primera vez que viene a Sevastópolis. En vano buscará, aunque solo sea en una persona, huellas de agitación, confusión o incluso entusiasmo. Disposición a la muerte o firmeza no encontrará: verá gente corriente, tranquila, dedicada a sus tareas cotidianas, así que quizá usted se reproche su entusiasmo excesivo y tenga sus pequeñas dudas sobre si es justa la idea del heroísmo de los defensores de Sevastópolis, a la que llegó a partir de relatos, descripciones y el aspecto y ruido de la fortaleza desde el lado Norte. Pero, antes de seguir dudando, vaya al bastión y contemple a los defensores de Sevastópolis en su puesto de defensa o, mejor aún, pase justo enfrente, al edificio de la antigua Asamblea de Sevastópolis y al soportal donde aguardan los soldados con camillas. Allí podrá observar a los defensores de Sevastópolis, allí verá espectáculos terribles y tristes, grandiosos y divertidos, pero todos ellos admirables y que engrandecen el alma.

Entre en el gran salón de la Asamblea. Nada más abrir la puerta, la visión y el olor de cuarenta o cincuenta amputados y heridos muy graves, unos en catres, la mayoría en el suelo, le impresiona. No ceda al sentimiento que le retiene en el umbral de la sala —es un mal sentimiento— y vaya hacia delante. No se avergüence y avance como si hubiera venido a *examinar* a los mártires, no se avergüence de acercarse y hablar con ellos: a los infelices les gusta ver a personas compasivas, les gusta hablar de su sufrimiento y oír palabras de afecto e interés. Pase entre las camas y busque una cara menos dura y sufriente para acercarse y conversar.

—¿Dónde te hirieron? —indeciso y tímido le pregunta a un soldado viejo y demacrado que, sentado en su catre, le sigue con una mirada bondadosa como si le invitara a acercarse. Y digo «tímido le pregunta» porque el sufrimiento, además de una profunda simpatía, infunde por alguna razón miedo a ofender y un gran respeto por quien lo sufre.

—En la pierna —responde el soldado, justo en el momento en que usted mismo advierte por el pliegue de la manta que no tiene pierna más allá de la rodilla—. Gracias a Dios —añade— ya me voy a casa.

—¿Y hace mucho que te hirieron?

—Ya han pasado casi seis semanas, señor.

—Bueno ¿y te duele ahora?

—No, ahora no duele nada, solo la pantorrilla cuando hace mal tiempo, pero nada más.

—¿Y cómo te hirieron?

—Fue en el quinto bastión, señor, durante el primer bombardeo: arrastraba el cañón y empezaba a alejarme hacia la otra tronera cuando él me golpeó en la pierna. Me pareció que me hundía. Miré y ya no tenía pierna.

—¿Es que no te dolió al principio?

—No, solo como si me metieran algo caliente en la pierna.

—¿Y después?

—Después tampoco, solo cuando se pusieron a tirar de la piel sentí una especie de escozor. Sobre todo, señor, *no hay que pensar mucho*: si no piensas, no pasa nada. Todo lo demás sucede porque lo piensa el hombre.

En ese momento se acerca una mujer con un vestido gris a rayas y la cabeza cubierta por un pañuelo negro. Interviene en la conversación y empieza a contar cosas del marinero, de su sufrimiento, de la situación desesperada en la que ha estado durante cuatro semanas, de cómo cuando fue herido retuvo la camilla para ver las salvas de nuestra batería, cómo grandes príncipes hablaron con él y le regalaron veinticinco rublos y cómo él les dijo que, si ya no podía trabajar, quería regresar al bastión para enseñar a los jóvenes. Mientras dice todo esto sin respirar, la mujer le mira a usted, o bien al marinero, quien, de espaldas y como si no escuchara, deshilacha su almohada, y sus ojos brillan con un entusiasmo especial.

—Es mi mujer, señor —le dice el marinero con tal expresión que parece decir: «Perdónela. Ya sabe, cosas de mujeres, siempre dicen tonterías».

Ahora empieza a entender a los defensores de Sevastópolis. Por alguna razón empieza a sentir vergüenza de sí mismo delante de este hombre. Le gustaría decirle muchas cosas para expresarle su simpatía y asombro y, sin embargo, no encuentra las palabras o se siente descontento con las que le vienen a la cabeza. Por eso se inclina en silencio ante esta silenciosa e inconsciente grandeza y firmeza de ánimo, ante la modestia y la dignidad personal.

—Bueno, quiera Dios que te recuperes pronto —le dice, y se para delante de otro enfermo tumbado en el suelo que parece esperar la muerte con insoportable sufrimiento.

Es un hombre de pelo castaño claro y cara rolliza y pálida. Está tumbado boca arriba con la mano izquierda alargada hacia atrás, en una postura que expresa un sufrimiento brutal. De su boca seca y abierta sale penosamente una ronca respiración. Sus empañados ojos azules están en

blanco y por debajo de la manta ladeada asoman los restos de la mano derecha envuelta en vendas. El fuerte olor a muerto le golpea aún más fuerte y el fuego interior que le devora y penetra en todos los miembros del mártir le llega a usted también.

—¿Qué le pasa? ¿Está inconsciente? —le pregunta a una mujer que va detrás de él y que le mira con cariño, como a un familiar.

—No, todavía oye, aunque muy mal —susurra—. Ahora le di té (qué le vamos a hacer, aunque sea forastero se debe tener piedad), pero apenas bebió.

—¿Cómo te sientes? —le pregunta.

Al oír una voz el herido gira las pupilas, pero no ve ni entiende.

—Me arde el corazón<sup>[8]</sup>.

Un poco más adelante ve a un viejo soldado que está cambiando sus sábanas. Su cara y su cuerpo son como de color marrón y se le notan los huesos. Le falta un brazo, seccionado desde el hombro. Tiene un aspecto firme y parece curado, pero por su mirada muerta, opaca, por su extrema delgadez y las arrugas de su cara, se ve que es una persona que ha pasado sufriendo la mayor parte de su vida.

En el otro lado descubre en un catre a una mujer de cara pálida y dulce, con las mejillas rojas de fiebre.

—A nuestra marinera el día 5 se le enganchó una bomba en la pierna —le explica su guía—; iba al bastión a llevarle la comida a su marido.

—Entonces, ¿cortaron?

—Por encima de la rodilla.

Y ahora, si sus nervios lo resisten, entrará por la puerta de la izquierda: aquí hacen vendajes y operan. Verá médicos con las manos ensangrentadas hasta los codos, con el semblante pálido y sombrío, atareados alrededor de un catre en el que yace, con los ojos abiertos y diciendo palabras sin sentido, a veces ingenuas y conmovedoras, un herido

bajo los efectos del cloroformo. Los médicos se dedican a la detestable pero benefactora tarea de amputar. Verá cómo un afilado cuchillo curvo penetra en el cuerpo blanco y sano. Verá cómo con un terrible y desgarrador grito y entre maldiciones el herido vuelve en sí de repente. Verá cómo un enfermero tira a un rincón el brazo seccionado. Verá cómo en una camilla de la misma sala otro herido se retuerce y gime al mirar la operación de su compañero, no tanto por el dolor físico como por el sufrimiento psíquico de la espera. Aquí verá un espantoso espectáculo que conmueve el alma y contemplará la guerra no con su alineamiento ordenado, bello y brillante, con su música y redoblar de tambores, con sus banderas ondeando y con sus generales a caballo, sino la guerra en su verdadera expresión, con sangre, dolor y muerte...

Mientras sale de esta casa de sufrimiento, seguramente experimentará una sensación agradable y aspirará con más fuerza el aire fresco, alegrándose de su salud, pero al mismo tiempo, al contemplar todo este sufrimiento, tendrá conciencia de su propia insignificancia y tranquilamente, sin titubear, se dirigirá a los bastiones...

«¿Qué suponen la muerte y el dolor de un insignificante gusano como yo en comparación con tantas muertes y tanto sufrimiento?». Pero la visión del cielo despejado, del sol brillante, de la bella ciudad, de la iglesia sin acabar y de los soldados moviéndose en todas direcciones enseguida sume su ánimo en el estado normal de ligereza, con sus pequeñas preocupaciones y entusiasmo por el presente.

Tal vez se tope con los funerales de algún oficial, con su ataúd de alarguez, su música y sus pendones ondeando; quizá llegue a oír disparos en los bastiones, pero eso no le llevará a los pensamientos anteriores. Los funerales le parecerán un espectáculo marcial muy hermoso y los disparos, un son marcial muy bello, y no relacionará el espectáculo ni los disparos con la clara idea experimentada sobre el sufrimiento y la muerte, como hizo en la enfermería.

Tras dejar atrás la iglesia y la barricada, entrará en la parte de la ciudad más animada gracias a su vida interior. A ambos lados hay letreros de pequeñas tiendas y tabernas. Vendedores, mujeres con sombrero y pañuelo, oficiales de buena presencia, todos le hablan de la firmeza de ánimo, del aplomo y de la seguridad de los habitantes.

Pase a esa taberna de la izquierda si quiere escuchar los rumores de marinos y oficiales: seguramente oiremos hablar de los sucesos de la noche pasada, de una tal Fenka, del combate del día 24, de lo caros y malos que sirven los rollitos de carne y de cómo dispara ese o aquel compañero.

—¡Demonios! ¡Qué mal nos va ahora! —dice con voz profunda un oficial de marina, rubio y con el bigote afeitado, que lleva una bufanda verde de punto.

—¿Dónde? —le pregunta otro.

—En el cuarto bastión —responde el joven oficial, y seguramente mire usted al oficial de pelo claro con más atención e incluso con cierto respeto al oír las palabras «en el cuarto bastión». Su excesiva desenvoltura, el movimiento de sus manos, su fuerte risa y su voz, que le habían parecido presuntuosos, le parecen ahora movidos por ese estado de ánimo especial y ardoroso que adquieren ciertos jóvenes después del peligro. Sin embargo, usted supone que se pondrá a contarles lo mal que se pasa en el cuarto bastión por culpa de las bombas y las balas: ¡nada de eso!, lo malo era el barro—. Es imposible atravesar la batería —dice señalando sus botas cubiertas de fango más arriba de la pantorrilla.

—Pues a nosotros ahora nos acaban de matar al mejor artillero, le dieron justo en la frente —dice otro.

—¿A quién? ¿A Mitiujin?

—No... pero bueno, ¿me vais a traer la carne? ¡Estos canallas! —le suelta al criado de la taberna—. No fue a Mitiujin, sino a Abrósimov. Un valiente, participó en seis ataques.

En la otra esquina de la mesa, detrás de unos platos de rollitos de carne con guisantes y de una botella de vino agrio de Crimea que llaman «burdeos», están sentados dos oficiales de infantería: uno, joven, con el cuello rojo y dos estrellas en el capote, le habla al otro, mayor, con el cuello negro y sin estrellas, de la batalla de Almá<sup>[9]</sup>. El primero está algo bebido y se nota que se desvía bastante de la narración estricta de la verdad en las interrupciones que hace, en su mirada indecisa, que refleja sus dudas de que le estén creyendo, y, lo más importante, en que el papel que se atribuye es demasiado importante y los hechos que refiere demasiado terribles. Pero usted no está para esos cuentos, que durante mucho tiempo oirá en todos los rincones de Rusia; usted quiere ir cuanto antes a los bastiones, especialmente al cuarto, del que le han contado tantas y tan diferentes cosas. Si alguien dice que estuvo en el cuarto bastión, lo hace con especial satisfacción y orgullo. Si dice: «Voy al cuarto bastión», seguramente se detecte en él una mínima inquietud o una excesiva indiferencia. Si se quiere gastar a alguien una broma, se dice: «Deberían mandarte al cuarto bastión». Cuando alguien se encuentra con un herido en una camilla y pregunta: «¿De dónde?», casi siempre se le responde: «Del cuarto bastión». Así que en general existen dos opiniones completamente distintas sobre este terrible bastión: la de aquellos que nunca estuvieron en él y están convencidos de que es una tumba segura para cualquiera que vaya, y la de aquellos que viven en él, como el rubio alférez, y que, al hablar de él, se limitan a comentar si está seco o embarrado, si hace calor o frío en su cueva, etc.

En la media hora que estuvo usted en la taberna, el día había tenido tiempo de cambiar: la bruma que se extendía por el mar se había condensado en fastidiosas nubes grises y húmedas que habían cubierto el sol. Caía una triste llovizna que mojaba los tejados, las aceras y los capotes de los soldados...